



VIII

**P**OBRE de mí, que no me llega la camisa al cuerpo! como que cuando Dios dice: "á dar," no hay costales en que recoger, y cuando el diablo dice: "á quitar," no hay agua bendita que le remoje. Pero ¡válgame Dios! á qué mala hora he venido á sacar las narices, precisamente cuando se están desternillando. Declaro no obstante que soy hombre de *bota*, me gustan los *pimporrazos*, me encantaba yo siendo muchacho al leer las escenas atronadoras del Sinaí; y desde entonces, sea dicho con el respeto debido á las cosas muy altas, le perdí el miedo al mismo Moisés.

La Babel en que se ha convertido *El Tiempo* me ha fascinado; el ruido que han metido sus redactores me tiene loco de contento, porque al fin mi oficio es tocar los plátillos. (1)

Pero, á decir verdad, como debe decirse en estos

---

(1) Alude á la prision del Director y otros Redactores de *El Tiempo*, y al ruido que hicieron en México las inauditas tropelías cometidas en contra de aquellos escritores.—(N. del E.)

días de cuaresma, no han tenido razón para armar tamaña alharaca.

¡Es la eterna manía de estos hombres que parecen haber nacido en 16 de Diciembre!

¡Qué hubieran dicho si como á mí les tocara la negra, la tiránica, la infernal época de su Alteza Serenísima, General D. Antonio López de Santa Anna?

¡Aquello sí que era caramelo!

Casualmente existía un periódico llamado como éste, *El Tiempo*. Sus dimensiones eran mayores y en su redacción figuraban algunos, cuyos bustos se ostentan hoy á modo de perillas sobre la reja de la Biblioteca Nacional.

Esa estatua, más que en honor de su talento, debió haberse levantado en memoria de sus martirios.

Nada más natural; era una época de tiranía y de retroceso; no había Constitución ni se había derramado el raudal de sangre que nos cuesta nuestra espléndida libertad, y nuestras admirables conquistas.

Comenzamos, porque un día en que su Alteza amaneció, con todo lo sereno, de flato, mandó aprehender al director de aquel periódico, por medio de uno de esos esbirros que nunca faltan á puñados.

El eterno, quítame allá esas pajas, fué el pre-

texto. Lo encerraron en un calabozo de la Casa de Cabildos y lo tuvieron casi un mes sin hablar con alma nacida, de tal manera que ya le sabía la lengua, no digamos á medallita, sino á badajo.

¡Ah! pero los tiempos han cambiado! ¡Bendita sangre derramada por conquistar estos derechos de que hoy, tirados á la bartola, disfrutamos!

Hoy es otra cosa; hoy apenas podemos creer que Su Serenísima cometiera semejantes atentados; hoy tenemos una *Constitucion* que es casi ó más que un ídolo; una Constitución que en su artículo 22 dice: "Quedan para siempre prohibidas las penas de mutilación y de infamia, la marca, los azotes, los palos, EL TORMENTO" de cualquier especie...." Y tenemos una ley que previene que la incomunicación de un reo no debe pasar de 72 horas.

Poco tormento sin duda sería pasar casi un mes, sin hablar más que con el ángel de la guarda; pero ello es que nuestra Constitución prohibió el tormento de toda especie.

¡Desgraciados tiempos aquellos y felices nosotros á quienes la Providencia y la sangre del pueblo salvaron de aquella barbárie!

En seguida se apoderaron de cuantas personas hubieron á la mano para enjaularlas, y de cuantos papeles les cupieron en los bolsillos.

En seguida llenaron la casa de uno de aquellos

redactores, no recuerdo si fué la del Dr. Couto, y la convirtieron por tres días en cuartel maestro; registraron los libros mercantiles, se llevaron los originales, metieron en la cárcel á los impresores, y.... ¡qué sé yo qué más hicieron!

¡Hoy habian de hacer todo ésto! Como si el partido liberal, autor de la Constitucion, se mamara el dedo para hacerla respetar!

¡Qué habian de hacer!

Hoy tenemos una Constitucion que es casi ó más que un ídolo, y que en su artículo 7º dice: "Es inviolable la libertad de escribir y publicar escritos sobre cualquiera materia. Ninguna ley ni autoridad puede establecer la prévia censura, ni exigir fianza á los autores ó impresos, NI COARTAR la libertad de imprenta que no tiene más limites que el respeto á la vida privada, á la moral y á la paz pública."

"Art. 6º La manifestacion de las ideas no puede ser objeto de NINGUNA INQUISICION JUDICIAL ó administrativa, sino en el caso que ataque la moral, los derechos de tercero, provoque á algun crimen ó delito, ó perturbe el órden público."

Los soldados que se metieron á aquella casa del Sr. Couto, los que se embolsaron aquellos papeles y registraron aquellos libros, habian de hacerlo ahora que una Constitucion, apoyada

por cuarenta mil bayonetas, dice en su artículo 16: "Nadie puede ser molestado en su persona, familia, domicilio, papeles, posesiones, sino en virtud de mandamiento escrito de la autoridad competente que FUNDE Y MOTIVE la causa legal del procedimiento."

¡Hé aquí lo grave!

Hé aquí lo que tanto asco le hubiera dado á Su Alteza: "que funde y motive la causa legal del procedimiento."

¡Es claro! Yo con ser un lego de cuenta, confieso y sostengo la justicia de ese precepto. No porque don Fulano sea autoridad puede echar leva de presos, ó mandar prender fuego á mi casa, porque se le dió, ó le dió á otro la real gana.

La garantía individual exige de por sí que se funde, esto es, que se justifique, que se demuestre el por qué del procedimiento y que se motive su causa legal.

¡Ahí está el busilis, en la causa legal! Pero aquello pasó. ¡Para qué hacer reminiscencias de semejante época de *oseurantismo*, *tiranía* y *retroceso*!

Los liberales anatematizaron el pasado é hicieron muy bien. Bástenos gozar de nuestras libérrimas é inviolables garantías. ¡Quién teniendo el encantador panorama del presente, ha de querer molestar sus pupilas con el fúnebre é *inquisitorial* del pasado!

¿De qué se quejan estos *lloricones* redactores?

Nada ménos que de escenas como la siguiente:

El lunes próximo pasado acudió el Juez Perez de Leon á nuestras oficinas, á fin de recoger los originales y poner preso á D. Francisco Montes de Oca, impresor de nuestro periódico. Al punto dió orden de que nadie saliera de la casa, para el cumplimiento de cuya orden situó gendarmes en la puerta del zaguan. Aquello fué de verse. La lavandera que bajaba á la sazón con un gran envoltorio de ropa, un muchacho de la carnicería que había ido á entregar costillas, otro criado que iba por los niños al colegio, lloraban, rezaban y aseguraban á voces que no eran ni habían sido nunca redactores del *Tiempo*, ni enemigos de D. Moisés Rojas.

Los pobres contaban ya con que iban á hacer la visita pastoral á Belen.

Estas y otras semejantes son las quejas de estos escandalosos, que, como dice muy bien *El Partido Liberal*, han tomado lo de la persecucion á lo sério.

Yo vengo, pues, á poner término á estos escándalos, á ese lloriqueo y á esas mentiras. Ustedes podrán figurarse si estará pintada la prensa liberal para que no pusiera el grito en el cielo al ver violada la Constitucion, que ha sido su caballito de batalla durante tantos años!....

Si cuando cuatro ó cinco indios han caminado

tras de su santo, pocos han sido los tipos de imprenta, pocas las manecillas, pocas las admiraciones, para pedir, para exigir, gritar y desgañitarse, para que se estrangule, se emparede, y deseque á esos indios violadores de la ley suprema, y á ese fraile, si no autor, cómplice de la violacion; ¡qué sería si se violaran las garantías del individuo en sus propiedades, papeles, domicilio y familia, así como la más alta, la más inviolable, el *noli me tangere* de los liberales; la libertad de imprenta, ó como ellos y yo decimos, la libertad de pensamiento!

Pues ya lo veis; toda la prensa liberal permanece impasible y hasta cierto punto contenta de lo que pasa. Luego no pasa nada grave; porque es sabido que los liberales se rompen la crisma con cualquiera por la defensa de sus principios.

¡Y donde dejan vdes. la imprudencia de estos señores, de estar levantando la golilla en vez de mostrarse sumisos y contritos por tantas peras como se han comido!

Si al ménos *El Tiempo* apareciera humilde, moderado, lo que se llama *discreto*, la cosa hubiera cambiado de aspecto.

Pero no, señor; se han puesto estos necios á *dimmes y diretes* con la fuerza, con una fuerza que no consiente pulgas. ¡Ya lo veremos! como decía *La Patria* á la Compañía de Opera; ya lo veremos. El resultado va á ser, que á todos los enjaulen por

haberse querido meter á patrioteroy claridosos en un país en que el que pita grita, y en que nadie ronca más que yo.

Y *El Tiempo* acabará, porque es ponerse con Sanson á los bofetones, y donde manda capitán no gobierna marinero. Y como ha dicho un ingrato: irán los redactores á tomar unos ejercicios espirituales á Belén, y donde murió el perro acabó la rabia.

Yo me alegraré mucho, aunque no tengo mal corazón, por eso de andarse fiando de palabrotas de libertad y de constituciones, que al fin son de papel, mientras los batallones son de fierro toledano, los pesos de plata y las bartolinas de Belén de pura piedra y pura cal.

Pero si á pesar de eso que dicen algunos y que yo hice mío, *El Tiempo* vive, me parece que la cosa será de poner tablados.

¡Qué susto, si mañana, cuando ménos lo pensemos, nos cae de las vigas un *Tiempo* impreso en los Estados Unidos, no con estas letras machucadas y perseguidas, sino con otras flamantes, que pueda leer un ciego, y no diciendo esas verdades embizadas y pudorosas, sino más capaces de hacer saltar á un muerto!

¡Qué susto! ¡no!

¡Y qué conflicto si se violara una correspondencia impresa, sellada, con el timbre americano!

Unos dirían: ¡Aquí sí! Otros responderán: ¡A qué no!....

Dios sabe lo que suceda. Entre tanto le pido que los bendiga, y á mí, que no corra mala suerte por haber querido mojar mi sopita en un chocolate que está hirviendo.

(*El Tiempo* del viernes 2 de Abril de 1886.)



presentó en la selva un mono, un gigantesco mono, escapado de selvas lejanas, y el cual saltando de aquí para allá, enviando pregones y estremeciendo todas las ramas, convocó á todos los animales de la selva, cualquiera que fuese su especie y linaje, á un congreso general, en que segun sus promesas debía resolverse el problema de la paz, de la felicidad, del progreso; ó para hablar en términos modernos, el problema de la igualdad, la fraternidad y la libertad.

El león estaba dormido.

¡Con qué solicitud no acudirían los pequeños y grandes animales! Callandito fuéronse acercando á una planicie alfombrada de bellísima grama, lugar destinado á la reunion, y abierto donosamente por la naturaleza en medio de aquellos espesísimos bosques; pues aunque D. Jerónimo Perez de Leon lo negara, entre las más apretadas estrecheces existen los remansos más dulces y las holguaras más placenteras.

Durante ocho días, y en medio del más correcto silencio estuvieron llegando los convocados; y al décimo, cuando el lucero del alba aparecía, el mono declaró instalado el congreso, y tomando la palabra pronunció un discurso inolvidable, acompañado de un acto segundo, en que menudeaban los gestos, las muecas, y toda clase de cucamomas.

Su exordio fué en suma una manifestacion lujosísima de amor á los demás.

Concluido éste, que dejó á todos lamiéndose los lábios, prorrumpió de la manera siguiente, si no mienten mis recuerdos:

“Señores:

“Esto es insoportable! Las ardillas inquietan horriblemente la selva. Brincan de un árbol á otro, estremeciendo las ramas de tal manera que derriban los nidos con los pequeños pajarillos. En su constante agitacion, no dejan dormir á nadie, y atropellando siempre los derechos de tercero, se trepan á donde más les place y comen y derriban lo que mejor se les antoja.

“Los papagayos aturden con sus gritos, y no es lo peor la molestia que causan á todos, sino que con ellos dan aviso á los cazadores, que muchas veces por darle al violin le dan al violin.

“Los monos, ó como en esa selva los llaman, los *cacaloll*, monopolizan la pera que debiera ser para todas las aves, se roban para sí solos todo el trigo, el maíz, etc., etc., que deja el sembrador al regar, y aún el que descuida, durante las horas de la siesta y de la noche. Es preciso acabar con el monopolio y que todos disfruten de iguales derechos.

“El tigre es muy discolo, muy déspota, tiene un genio de los demonios....”

Iba el orador á soltar aquí una tempestad, cuando observó que la cara del tigre se enfurecía, que esponjaba el rabo y se aflaba los colmillos; y entónces un poco más sereno continuó así:

“Esto me parece contrario á la fraternidad en que deben reinar la tolerancia y la filosofía.

“El gusano está constantemente tendiendo redes de eso que llaman seda, enredando así árboles enteros, lo cual es opuesto á la libertad, de tal manera, que veces hay en que no es posible penetrar á un árbol de aquellos, porque es igualmente imposible reventar el sin número de fibras en que está envuelto.

“La cotorra es murmuradora y nos tiene á todos en continuas desavenencias.

“Delante del loro no se puede decir: “ésta boca es mía,” porque todo lo repite y lo publica á gritos.”

Para no cansar á vdes., así continuó el mono censurando los defectos de todos, abultando por supuesto los del leon, contra quien iban dirigidos todos sus golpes. Al final del discurso deslizó este epílogo como quien no quiere la cosa:

“¿Queréis que yo sea vuestro jefe, que os dirija, os gobierne, os haga felices?”

El mico asegura que todos á quienes se da el nombre de *pueblo* contestaron: ¡¡¡¡sí!!!! pero yo tengo

para mis adentros, por lo que dicen los gatos *leídos*, que los buenos, que eran los más, contestaron ¡¡¡¡nooooo!!!! mientras los malos, que eran los ménos, aceptaron la propuesta.

¡A la obra!

¡A progresar!

¡A ser felices!

¡Viva el mico!

Días van y días vienen y cada día se observaban las caras más largas en la selva.

Las cosas iban tan mal, tan de mal en peor, tan de peor en más malo, que todos los habitantes de la selva, los canoros y los fieros, los de bello plumaje y los de capa rota, ya lo he dicho, todos, con excepcion de los reptiles, tuvieron que volverse á reunir en congreso.

La sesion fué tan prolongada como calurosa. De los discursos de varios oradores extractaré uno de ellos, el que me parece más acertado.

“El mono, dijo, acusó á las ardillas de inquietas y azuzadoras; se escandalizó de que saltaran á los árboles ajenos, derribando los nidos, privando del sueño á otros y desgarrando las ramas.—Y bien, señores: ¿qué otra cosa ha hecho el mono desde que vive entre nosotros? Salta más que la ardilla, mil veces más. No tiene momento de quietud, y apenas habrá tronco por el que no haya tropado, ni rama en que no haya enredado la cola.



“Acusó á los papagayos de chillones, y nadie hay que grite más que él, ni quien con sus gritos meta más alboroto, denunciándonos á los cazadores.

“Acusó al “Cacalot!” de monopolizar las provisiones, de comerse lo que está destinado para todos, y nadie como el mono roba las frutas de los otros y los depósitos que en los huecos de los troncos hacemos para la seca. Nadie, absolutamente nadie, tiene seguro lo suyo si por allí anda el mico.

“Acusó al tigre de díscolo, déspota y mal genioso, y ¡hay álguien que pueda sufrir al mono! Es el mico cuadrúpedo que se atreve á andar en dos piés cuando le conviene; riñe con todos, á nadie tolera, á todos araña. ¡Qué génio, señores, qué génio!

“Acusó al gusano de enredar los árboles con su baba, y como es imitador de todo y lo remeda, anda robándose los hilos y enredando los nidos hasta asegurar la red con siete nudos. ¡Qué baba la del mono, señores!

“Tachó á la cotorra de murmuradora; en cambio el mico es el sér más mordaz y más calumniador de la tierra. Desde el león hasta la tuza, no hay uno de nosotros que se haya escapado de su lengua. Solo los reptiles son para él unos santos.

“Acusó al loro de hablantín é indiscreto, y ¡válgame Dios! que cuanto se habla y se dice delante

de él, más valiera decirlo delante de la policía, delante del huracán, que ménos rápidamente lo llevaría por todas partes.

“Un ángel es el loro junto al mico.

“Tal es el mono, señores; cuantos defectos encontró en cada uno, los tiene en sí elevados á la quinta potencia, con otros que no halló en nadie, tales como prometerlo todo para no cumplir nada; como el de no tener palabra mala, ni obra buena; como el de mentir á toda hora; como el de jurar siempre para siempre perjurar; y sobre todo, como el de derramar por placer cuanta sangre quiere, sacrificada á sus mentiras.”

Aquí se defumina un poco la tradición, porque desde allí comienza la profecía, aunque todos temen que el resultado sea que el mico se vaya con su música á otra parte, y muy probablemente que se vaya sin rabo.

Peró bien, ¿no les parece á ustedes que este mico es la imágen de una secta llamada partido político, venida de otras tierras á esta americana, en la que á pesar de los defectos de cada partido, nos la fibamos pasando más que regular!

Pues á mí sí me parece.

El liberalismo tiene acrecentados los defectos de cada uno de los partidos é instituciones antiguos y modernos, y mil y mil depravaciones que no se conocían.

— 102 —

Cruel como los antiguos conquistadores; asesino como los caribes; rapaz como los beduinos; despota como él dice que lo eran los señores feudales; arbitrario como asegura haberlo sido la monarquía absoluta; insolente como los autócratas; hipócrita como los fariseos; asolador como las hordas; corruptor como los mormones. Monopoliza con sus favoritos; calumnia con sus libros y sus periódicos pagados; oprime con sus gabelas, y con sus piés pisotea las mismas leyes que dicta.

Dígalo si nó la persecucion á todas las garantías; á la propiedad con la desmoralizacion y la expropiacion; á la libertad con la leva; á la vida con la ley fuga, con la ley Yucatan y con la ley Ulúa. ¡¡¡La libertad!!! esta palabra viene aquí como anillo al dedo. Hablan muy alto en favor de la prometida, de la declamada, de la cacareada libertad de imprenta, los atentados inauditos cometidos contra *El Tiempo*; la incomunicacion de nuestro Director y la colonia-Arriola en la cárcel de Belen.

¡Habla muy alto, y cálleme yo, no sin dejar asentada ante el pueblo esta verdad como una pirámide: el liberalismo no es más que el mono de la fábula, y como éste, quiera ó nó, se irá á tocar el violín á otra parte, dejándonos el rabo como un recuerdo!

— 103 —

Si no estuviéramos en cuaresma, lo juraría; pero si alguno lo duda vengan esos cinco: ¡palabra de honor, el liberalismo ha de irse sin rabo!

(*El Tiempo* del domingo  
19 de Abril de 1886.)

~~El rabo~~

á propósito de *Guerrillas*, agradezco al *Observador* de Guanajuato sus buenos deseos respecto de mi individuo, cuando asegura que me he muerto. Yo no creo hacer al periódico gonzalista más gasto que el de sus injurias, lo cual es ménos que quitar una gota de agua al mar, ó como decía aquel, y hoy viene de molde, al *saludo bruto*.

Protesto, pues, que no he muerto: la prueba es que vivo: estar enfermo, le es lícito á cualquiera por más que sea redactor del *Tiempo*. Unicamente los señores redactores del *Observador* han realizado el esfuerzo de escribir en el lecho de muerte.

Digo esto, por aquello de la hidrofobia y por esto del gonzalismo.

Hecha la salvedad de que aún me tienen ustedes á sus órdenes, y hecha también la promesa de entendermelas muy sabrosamente con el de Guanajuato, á quien le tengo guardado un 'bocadito' dispuesto por el Sr. Dublan, y cargado de un picante rabioso, voy á *platicar* con *El Partido*, cuyo último

artículo, el admirable artículo del viérnes, ha estado á punto de realizar los ensueños de su *queridísimo* colega; esto es, de matarme.

¡Qué risa, señores! ¡qué talento de hacer reventar!

Sabido es que el talento de los mexicanos es principalmente el de la imitación.

Vió el gobierno que la fuerza de Orrin ha sido Bell, y se propuso tener sus *Bells*. Pero *El Partido* es un Bell en serio, un Bell apologista, un Bell que no se pinta la cara, ni se deja el mechón del cope-te, ni se adorna con el sombrerito solideo y los enormes calzones bordados de calaveras; es formal, atusado, diplomático. Sólo en dos cosas se identifica con el personaje del circo: en que siempre entra gritando, y en que se da porrazos á cada momento.

En el artículo á que hemos aludido, se lució; echó todos sus ocho dedos de frente para analizar el *bustillo* de que el pueblo no haya elegido á los ex-diputados de la minoría.

Porque *El Partido* todo lo sabe, todo lo interpreta, todo lo descubre, todo lo juzga y sentencia. Está en los plieguecitos de cada criterio, en las poridades de cada opinion, en el quinto patio de cada conciencia, entre los bastidores de cada negocio. Es algo diluido, latente en todas partes. Debiera abrir un *consultorio de misterios*.

—Señor; yo no puedo saber por qué estoy triste. Tengo fortuna, salud, tranquilidad; no estoy enamorado, y sin embargo, la melancolía me devora.

*El Partido*.—Porque es vd. buen ciudadano, y como tal, ve con tristeza que se haga la oposicion á un gobierno tan bueno y sostenedor de las instituciones que el pueblo *se ha dado*.

—Señor, yo no he traicionado á mi patria ni á nadie, y sin embargo, me dicen traidor.

*El Partido*.—Porque es traicion á la patria no ser amigo del señor general Díaz.

—Señor, yo fui amigo *férreo* del Sr. Lerdo, acusado de grandes crímenes, por el actual presidente; es decir, fui cómplice de esos delitos. Y sin embargo, amigo, hoy tambien soy amigo *férreo*, y protegido especial del Sr. Díaz. Y la integridad de mi honradez liberalesca y mi buen nombre, no padecieron por aquellos delitos. He hecho á gato y á raton; ¡debo estar tranquilo!

*El Partido*.—Sí, porque esos son incidentes en la vida de los partidos, y aunque ese incidente haya costado cinco mil ciudadanos á la patria, incidente es.

—Son pláticas de familia.

—De las que nunca hice caso.

—Aquello pasó y voló. (1)

(1) *El Partido*, en su artículo del día 1º, "Pláticas amorosas."

Un disgusto entre buenos amigos que acabó en copas de champagne con el gran entreacto de la orgía gonzalista. Es verdad que el Sr. Díaz y el Sr. Lerdo quedaron ilesos. Pero es porque los beligerantes son como las dos hojas de las tijeras; se tiran de récio y no se hacen nada; el que cogen en medio es el degollado.

Por el estilo de esto serían las consultas; pero vamos al caso.

*El Partido Liberal*, con su don de explicarlo todo, explica así lo de la ex-minoría.

Dice que unos diputados son útiles para las épocas de agitación y otros para las de paz. Que actualmente el país concreta sus deseos á la conservación de esa paz y que (aquí copiamos literalmente porque sería un crimen no hacerlo):

“En tales circunstancias se presenta un Congreso agitado, que lleva la fermentación de las pasiones á todos los ámbitos de la República. Cunde la alarma, la desconfianza se difunde, la guerra, la horrible guerra asoma en perspectiva, se retraen los capitales, las empresas huyen, todo se paraliza, muere el trabajo, y el pueblo que ve eso, se dice para sí: ¡No! Esos diputados son muy buenos, pero por ahora no sirven. A ver si los yankees se nos vienen encima, y entonces los llevaremos á la tribuna. Por hoy que nos dejen tranquilos!

“¿Puede haber un raciocinio más natural y lógico? ¿Se necesita ciencia, instrucción, sabiduría, para saber cada uno lo que le conviene? Pues si ese raciocinio es natural y lógico, resulta que nada se explica tanto como la negativa del pueblo á votar en favor de la última minoría parlamentaria.”

Nos preciamos de conocer la prensa pasada y presente de México, y nunca hemos visto nada más ridículo que lo que acabamos de reproducir. No hay suficiente número de medios nuevos para premiar ese *raciocinio* tan natural y artísticamente expuesto, ni para agasajar al autor de la solución del problema.

Pues, y cuenta que eso se escribe para que lo lea el pueblo mismo; el pueblo que hizo tanto aprecio de las elecciones como de la carabina de Ambrosio; el pueblo que suelta una sonrisilla muy suya al oír llamarse *diputado* por tal distrito, á un señor, á una *ilustración* que no se ha tomado la molestia de enseñarle las narices; de cuya existencia tenía tanta noticia como del chino que vive en el número 4 de la 5ª calle del 9º cuartel, del 8º barrio de Pekín.

Y esa *ilustración*, como quien dice, por lo popular y conocido; ese chino, *salió* electo diputado por la mayoría absoluta de votos.

Escribir como escribe *El Partido*, no es ya ni ci-

nismo; es como el payaso que, sabiendo, tanto como el público, que la mariposa aquella es de papel, finge asustarse, huir de ella, amenazarla, esconderse, accecharla y por fin, darle el sombreroazo.

Esos, llamémosles artículos, no pueden ser sino una *chuela* del gobierno al sufrido pueblo mexicano, digno, á lo ménos por su índole excelente, de mayor respeto.

Después de sacrificarlo, la befa no puede ser más odiosa.

Pero no hay que incomodarse por tan poca cosa; estamos de broma, y hay que comernos el pan que nos brindan.

*El Partido*, para demostrar que el pueblo que aplaudió frenéticamente á la minoría no era más que una reunión de vagos (por mi parte, mil gracias) dice:

“El hombre ocupado, el ciudadano útil porque produce y consume, el que tiene, por lo mismo, verdadero interés en la suerte de la patria, el que merece y debe ser oído, ese no puede dedicar seis horas diarias, y ni siquiera una sola, á las discusiones parlamentarias. Ese lee en su casa el resumen de las sesiones; y si no puede se informa por sus amigos y se prepara para dar un voto concienzudo cuando llega el día de elegir diputados.”

De aquí se deducen dos cosas: 1<sup>o</sup> que los libera-

les son tan patriotas, se interesan tanto por el porvenir de sus hijos y de su país, que no abandonarían su trabajo durante una hora, para atender á los intereses nacionales, á los conflictos de la patria en momentos, supremos como lo eran aquellos en que la minoría combatió el contrato Noetzelin, y los de terrenos baldíos.

2<sup>o</sup> Que el gobierno, con notable inmoralidad, destinó espaciosa galerías para asilar á los vagos de México, sabiendo que los hombres ocupados no podrían concurrir á ellos. La culpa, pues, no la tiene el ratón, sino el que le pone el queso.

Pero hé aquí un milagro: si es al general Díaz á quien se aplaude, entónces según *El Partido*, “el pueblo ha vitoreado al presidente; si es la minoría la aplaudida, entónces se trata de una veintena de vagos.”

Pues que sea así; yo no puedo ir por cada uno de los innumerables concurrentes á las galerías, para presentarlo á la redacción del *Partido*, á fin de que dé sus generales, dejando nota de su profesión, oficio ó industria.

En resumen, precisemos: según *El Partido*, el patriotismo en el pueblo es vagancia; en la prensa, es traición; en la política liberalesca, industria y máscara.

Convenidos.

Con razón agrega *El Partido* que *El Tiempo* no tiene la menor idea de política práctica.

Es verdad. Para nosotros, el patriotismo, no es una industria, sino un sacrificio. De nuestro periódico no salen los redactores para ningún puesto público, como están saliendo los señores del *Partido*; agréguese á esto el que no tenemos la mentira por base, y queda demostrado, que “no tenemos la menor idea de política *práctica*.”

*El Partido*, que todo lo descubre, que es el Colón de todo lo que hay de absurdo, ha descubierto este principio: el gobierno es *inmutable*. Al ciudadano le es lícito todo, ménos atacar al gobierno.

De modo que cuando éste pretende imponer sus candidatos, el pueblo no debe luchar. Hé aquí el *por qué* de las persecuciones sufridas por los ciudadanos que intentaron últimamente tomar parte en las elecciones, y procurar que el pueblo la tomara.

El gobierno es infalible, es invulnerable, es dueño y señor del país.

Nadie lo mueva

Que estar no quiera

Con Belén á prueba.

Como ya los principios y los descubrimientos van siendo numerosos, rogamos al *Partido* los coleccionese bajo el título de “*Novísima recopilación de leyes y principios de política PRÁCTICA.*”

Con este epígrafe:

“EL QUE NO SEA AMIGO DEL GENERAL DIAZ, ES TRAITOR Á LA PATRIA.”

Para concluir, voy á copiar otro precioso párrafo, un párrafo inefable, como lo verá el curioso lector.

Viene diciendo *El Partido* quién sabe qué cosas, quién sabe qué logogrifos de que los partidos deben luchar, y que no luchan aunque luchen, y prosigue:

“Pero desde el momento en que no se tiene idea de las elecciones, y los trabajos que se emprenden se encaminan á destruir al gobierno, tiene este el deber necesario, ineludible, de ponerse en guardia, porque no se trata de sí mismo, no es su personalidad como ente moral la atacada, sino la sociedad que representa, con su cortejo de nacionalidad, de instituciones y de leyes.

“Ahora bien, ¿se han emprendido últimamente entre nosotros trabajos electorales? De ninguna manera. Se ha atacado al gobierno, se ha buscado desquiciarlo, echarlo abajo, y eso es todo.”

Ese CORTEJO de nacionalidad, de instituciones y de leyes me hace agua la boca; pero esto va largo, y debo ocuparme en la bellísima contradicción que tenemos á la vista.

Acaba de decirnos *El Partido* que los señores de la minoría no son diputádos, porque el pueblo no los eligió, porque se dijo: "No, esos diputados por ahora no sirven;" y á renglon seguido asegura que no hubo trabajos electorales, que no se tiene idea de las elecciones, esto es, que no hubo elecciones. ¿En qué quedaron, pues, esos soliloquios del pueblo? El monólogo aquel ¿lo hizo el gobierno ó lo hicieron los electores?

Por lo demás quedamos entendidos en que el gobierno actual es de tal manera fuerte, que temió su caída porque cuarenta ciudadanos pretendían derribarlo. Y eso que eran igualmente vagos, puesto que empleaban más de una hora en las sesiones de la *Junta electoral del Distrito*.

Protesto que lo que sigue es lo último. ¿Quién podría prescindir del párrafo final!

Oigan los que tengan oídos:

"Y todavía se pretende que haya diarios escándalos en la Cámara, y que se tome á los ociosos que aplauden, por la opinión pública, y que la prensa que así desbarra sea considerada como expresión de la voluntad nacional.

"Eso no puede soportarlo el pueblo. No puede, no puede."

Esto no tiene comentarios. No tiene, no tiene.

(*El Tiempo* del martes 5 de Octubre de 1886.)

XI

La elefantésia es una enfermedad que consiste en que, por uno de los tejidos musculares, las moscas adquieren proporciones de aguilas y los microbios formas de mastodonte.

(Triboulet, en su *Disertación sobre las grandezas pequeñas*.)

**Q**UIEN no leyere las siguientes líneas será TRAIADOR Á LA PATRIA, no solo porque actualmente es ese un pecado en que, según *El Partido*, los justos caen siete veces al día, sino porque significará un desden hácia las altísimas noticias que vamos á dar de la altísima altura á que ha llegado la patria con ciertas menudencias que no podrá ménos de admirar al desocupado lector.

D. Juan A. Mateos, por su espíritu progresista, volador, atrevido, es un hombre que se adelantó á su época; es un hombre del siglo que viene. Se